

El Gran Gigante Bonachón

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake

La hora mágica

Sofía no podía conciliar el sueño.

Un brillante rayo de luna se filtraba entre las cortinas y daba justamente en su almohada.

Las demás niñas de la habitación llevaban varias horas descansando.

Sofía cerró los ojos y permaneció muy quieta, para ver si lograba dormirse.

Pero no le sirvió de nada. El rayo de luna era como un cuchillo de plata que se abría paso por el cuarto hasta su misma cara.

La casa estaba en absoluto silencio. Desde abajo no llegaba ni una voz. Y en el piso de arriba tampoco se oían pasos.

La ventana que había detrás de las cortinas estaba abierta de par en par, pero nadie caminaba por las aceras de la calle. Ni un coche pasaba. No había manera de percibir el más leve sonido. Sofía no recordaba un silencio semejante.

Quizá, se dijo, fuera ésta la llamada hora mágica...

Alguien le había susurrado una vez que la hora mágica era un momento muy especial, en plena noche, cuando tanto los niños como los adultos estaban sumidos en el más profundo de los sueños. Entonces, todas las cosas misteriosas salían de sus escondrijos y se adueñaban del mundo.

El rayo de luna se hizo todavía más brillante. Sofía decidió saltar de la cama y cerrar mejor las cortinas.

Las niñas eran castigadas si las encontraban fuera de la cama después de que se apagaban las luces. Ni siquiera se aceptaba como excusa que necesitaran ir al baño. Pero ahora no la vería nadie. Sofía estaba segura de eso.

Alargó la mano para tomar los lentes que había dejado sobre la mesita que estaba junto a su cama. Eran de montura metálica y cristales muy gruesos; la pobrecita no veía casi nada sin ellos. Se los puso, bajó de la cama y, de puntillas, se acercó a la ventana.

Una vez junto a las cortinas, Sofía vaciló. Ansiaba agacharse y asomar la cabeza por debajo de ellas, para ver cómo era el mundo en la hora mágica.

Volvió a aguzar el oído. Por todas partes reinaba un silencio absoluto.

El deseo de mirar afuera se hizo tan intenso que la niña no lo pudo resistir. Rápidamente introdujo la cabeza por debajo de las cortinas y se asomó por la ventana.

A la plateada luz de la luna, la calle del pueblo que tan bien conocía resultaba totalmente distinta. Las casas

parecían torcidas, inclinadas, como las de los cuentos. Todo se veía pálido, espectral y lechoso.

Enfrente distinguió la tienda de la señora Rance, donde había botones, estambres y resortes. Ahora tampoco parecía real. Un aire igualmente misterioso la envolvía.

Sofía se atrevió a mirar calle abajo.

Y, de pronto, sintió un escalofrío. Alguien se acercaba por la otra acera.

Algo negro...

Algo negro y alto...

Algo muy negro y muy alto y muy delgado.

¿Quién?

No era un ser humano. No podía serlo. Era cuatro veces más alto que el más alto de los seres humanos. Era tan grandote que su cabeza quedaba a más altura que las ventanas de los últimos pisos de las casas. Sofía abrió la boca para gritar, pero no le salió ningún sonido. El susto le paralizaba la garganta y el cuerpo entero.

No había duda: era la hora mágica.

La alta figura negra se acercaba. Iba muy pegada a las casas del otro lado de la calle, procurando que no la iluminara la luz de la luna.

Cada vez estaba más próxima. Pero se movía de forma rara. Se paraba, continuaba poco después y se detenía de nuevo.

¿Qué hacía aquel ser?

¡Ah! Por fin lo entendió Sofía. Se paraba delante de cada casa y miraba por la ventana superior. Para hacerlo, tenía que agacharse, de tan alto que era.

Curioseaba por la ventana, se deslizaba hasta la casa siguiente y allí se detenía para hacer lo mismo. Y así a lo largo de toda la calle.

Cuando estuvo bastante cerca, Sofía pudo verlo mejor.

Observándolo detenidamente, pensó que, desde luego, era una especie de persona. No realmente humana, pero al mismo tiempo, sí una persona.

¿Quizá un gigante?

Sofía escudriñó la calle envuelta en brumas. El gigante (si de veras lo era) llevaba una larga capa negra.

Y con una mano sostenía algo semejante a una trompeta muy larga y delgada.

Con la otra mano cargaba una gran maleta.

El gigante se había parado ahora delante de la casa de la familia Goochey, que tenía una tienda de verduras a media calle y vivía arriba del establecimiento. Los dos niños del matrimonio dormían en la habitación que daba a la calle, en el primer piso, a Sofía le constaba.

Y el gigante miraba por la ventana del cuarto en que descansaban Miguel y Juanita Goochey. Sofía, al otro lado de la calle, contuvo la respiración.

Vio que el gigante daba un paso atrás y dejaba la maleta en el suelo, inclinándose para abrirla. De ella sacó algo que parecía un tarro de vidrio con tapa de rosca. Lo destapó y echó el misterioso contenido del bote en la larguísima trompeta.

Sofía vigilaba temblorosa.

Observó que el gigantón se enderezaba de nuevo e introducía la trompeta por la ventana abierta de la alcoba de los niños, y que, a continuación, tomaba aire y..., ¡ufff!, soplabla a través del instrumento.

No hubo sonido alguno, pero Sofía comprendió que lo que contenía antes el bote ahora había sido enviado al cuarto de los pequeños Goochey.

¿Qué sería?

Cuando el gigante retiró su trompeta de la ventana y se agachó para recoger la maleta, giró la cabeza y miró al otro lado de la calle.

A la luz de la luna, Sofía distinguió una enorme cara muy larga, pálida y arrugada, con unas orejas increíblemente grandes, la nariz tan afilada como un cuchillo, y arriba, muy juntos, brillaban con gran intensidad dos ojos..., y esos ojos estaban clavados en ella.

Su mirada era fiera y diabólica.

La niña ahogó un grito y se apartó de la ventana. Atravesó disparada el dormitorio, se metió en la cama y se escondió debajo de la cobija.

Allí permaneció acurrucada, silenciosa como un ratoncito y temblando de pies a cabeza.



¡Raptada!

Sofía esperó entre las sábanas.

Pasado un minuto o más, alzó una punta de la cobija y se asomó al exterior.

Por segunda vez aquella noche, la sangre se le heló en las venas y quiso gritar, pero no pudo. Porque allí, en la ventana, con las cortinas corridas hacia un lado, estaba la horrible y arrugada cara larga del gigante, que miraba al interior; y sus centelleantes ojos negros se habían clavado en la cama de Sofía.

Instantes después, una mano enorme, de dedos muy pálidos, penetraba serpenteante en la habitación. Seguía un brazo grueso como el tronco de un árbol, y el brazo, la mano y los dedos avanzaron por el cuarto en dirección a la cama de Sofía...

Esta vez sí que gritó la niña, pero sólo un segundo, porque aquella enorme mano se cerró rápidamente sobre la cobija, y el grito quedó ahogado por las sábanas.

Sofía, encogida bajo la cobija, sintió que los poderosos dedos la agarraban, la alzaban de la cama con las sábanas y todo, y la sacaban por la ventana.

Si se les ocurre algo más horrible que pueda suceder a medianoche, díganmelo.

Lo peor de todo era que Sofía sabía exactamente lo que le pasaba, pese a que no podía verlo. Era consciente de que un monstruo (o un gigante) de cara enormemente larga, pálida y arrugada, y ojos peligrosos, la había arrancado de su cama en plena hora mágica y ahora se la llevaba por la ventana, envuelta en la cobija.

¿Qué ocurrió, exactamente, después? Cuando el gigante sacó a la niña de la casa, arregló la cobija de forma que pudiera agarrar los cuatro extremos a la vez con una de sus enormes manos, con Sofía atrapada en el interior. Con la otra mano sujetó la maleta y la larguísima trompeta, y echó a correr.

Sofía se retorció dentro de la cobija hasta que logró asomar la nariz por una pequeña abertura formada justo debajo de la mano del gigante, y miró asustada a su alrededor.

Vio que las casas del pueblo desaparecían rápidamente a ambos lados. El gigante corría a grandes saltos por la calle principal. Avanzaban a tal velocidad que su capa negra ondeaba tras él como las alas de un pajarraco. Cada uno de sus pasos era tan largo como una cancha de tenis. Los setos que dividían los campos no eran obstáculo para

el gigante, que simplemente pasaba por encima de ellos. Y cuando en su camino apareció un ancho río, lo salvó de una zancada.

La niña iba muy acurrucada en la cobija, aunque sin perder ningún detalle. Continuamente chocaba contra la pierna del gigante, como si fuera un costal de papas. Pasaron por campos y setos y ríos, y la pobre Sofía tuvo de pronto un terrible pensamiento.

“Este gigante va tan deprisa porque tiene hambre y quiere llegar a su casa cuanto antes para comerme en el desayuno...”, pensó ella.

La cueva

El gigante seguía corriendo, pero de pronto cambió el ritmo. Ahora parecía avanzar a una velocidad aún mayor. Cada vez iba más rápido, y momentos después era tal la velocidad que el paisaje se veía borroso.

El viento azotaba las mejillas de Sofía y hacía lagrimear sus ojos; le echaba la cabeza hacia atrás y silbaba en sus oídos. La niña ya no notaba que los pies del gigante tocaran el suelo. Tenía la extraña sensación de volar. Era imposible decir si pasaban por encima del suelo o del agua. Aquel gigante debía de tener magia en sus piernas.

Finalmente se hizo tan fuerte el viento que Sofía tuvo que esconder la cabeza en la cobija, para que no se la arrancara.

¿Acaso estaban cruzando el océano? Eso le parecía a la niña, que se encogió en su cobija y permaneció escuchando los aullidos de un vendaval. Y aquel misterioso camino duró, según se diría, horas y horas. Hasta que, de pronto, el viento dejó de aullar y la velocidad del gigante se redujo.

Sofía sintió que sus pies volvían a tocar el suelo. Asomó la cabeza para echar una mirada, y se vio en un país de espesos bosques y ríos impetuosos. Ahora, el gigante corría de manera más normal, si es que se puede emplear la palabra *normal* para describir el galope de un gigantón.

Saltó como una docena de ríos, atravesó como en un susurro un extenso bosque, descendió a un valle y luego dejó atrás una cadena de colinas tan desnudas como el concreto. Poco después trotaba por encima de un terreno desierto que no parecía pertenecer a este mundo. El suelo era llano y de un color amarillo pálido. Por doquier había rocas azuladas, aquí y allá se alzaban árboles muertos semejantes a esqueletos. La luna había desaparecido hacía rato y el cielo empezaba a clarear.

Sofía, aún asomándose por debajo de su cobija, vio aparecer delante, y repetidamente, una montaña enorme y escarpada. Tenía un intenso color azul, y el cielo que la rodeaba resplandecía de luminosidad. Entre los delicados vellones de nubes, de un blanco de escarcha, volaban partículas de oro muy pálido, y por un lado del horizonte asomaba el sol de la mañana, rojo como la sangre.

El gigante se detuvo al pie de la montaña. Resoplaba con fuerza, y su pecho subía y bajaba. Necesitaba tomar aliento.

Directamente enfrente de ellos, apoyada contra la ladera de la montaña, Sofía vio una enorme peña redonda. Era tan grande como una casa. El gigante alargó una pierna